

—«Se decía en julio de 1914: La movilización no quiere decir la guerra.

Y en agosto de 1935: El envío de un millón de italianos a Etiopía, no quiere decir guerra.

Al contrario.

Declaración del Duce: «Etiopía debe comprender que su verdadero interés está en ponerse bajo el protectorado de Italia».

«Esto me recuerda un anuncio del tranvía: «Vuestro interés está en ir al almacén «Las 100,000 camisas»».

Lo molesto es que el interés es mucho mayor para las «100 mil camisas» que para el lector.

Esto recuerda cómo se echaron sobre Azaña, por lo de Casas Viejas, los reprimidores de la revolución de octubre, en España. Como Deladier, Cot y Frot, los que mandaron salir a las tropas contra la multitud el 6 de febrero de 1934, frente al Congreso, son los que presiden, en primera fila, la manifestación del frente por la libertad en 1935.

Y acaba uno creyendo que hay poca gente que en la política activa sea, siquiera proba, al menos inteligente. Todo según el color del cristal con que se mira.

Pero lo importante, es mirar, después de todo.

.....

Intimididades

□ Se han juntado, en cercanía de publicación y reedición, unos cuantos libros que se distinguen por la cantidad de cosas privadas, familiares, que salen al aire libre. Por los zurcidos puestos a secar en la azotea, y el vecino complacido en ver que no es él solo quien lleva los calcetines multicolores.

□ La Academia Concourt, que está publicando la edición definitiva de las obras de sus fundadores, lanza los tomos I y II del Diario de los Goncourt. Ambos tomos encierran desde 1851

a 1865. Parece ser que Julio fué el que escribió hasta su muerte, pero reflejando el sentir de ambos hermanos en lo que decía. Así lo hace notar Lucien Descaves en un apéndice.

Este «Journal» llevaba mucho tiempo agotado. Y es tan curioso de leer como un documento actual. En primer lugar, por lo bien escrito; y después, por el chismorreo literario que se trasluce en él.

Chismorreo, entendamos, no es comadreo y pelambreira en este caso, porque hay poca envidia en el ambiente. No confundamos a los Goncourt con algunos compañeros de aquí cerca.

Pero el lector se maravilla de ver aquella gente, tan famosa, de tan alto copete literario, contando las cochinerías más sabrosas y hasta las más repugnantes. Una academia se transforma en un grupo de zascandiles que narran sus consecuciones amorosas y compiten en gallardía y destreza.

¡Y las opiniones de Gautier sobre ciertas obras y programa!

¡Y las peleas entre algunos amigos, por una cuestión de presumir de conquistas...!

□ Otro libro que se une a éste, es el tomo III de las Confesiones de Frank Harris. Los párrafos (muchos) dedicados a Maupassant son famosos. El autor de «Boule de Suif» se daba facha de fuerte en todos sentidos. Y parece que lo era. Hizo una apuesta con Flaubert, el cual mandó un vigilante a seguirle, para comprobar la verdad. Maupassant cumplió con su promesa y ganó la apuesta. Los detalles deben ser supuestos por el lector...

Siguen los libros de intimidades.

Alfonso Seché publica «Dans la melée litteraire». Habla en este libro de gente actual, de gente que le puede dar un puñetazo el primer día que se lo encuentra, al tal Seché.

Maurras, Daudet (este gordo feróstico) Romain Rolland que no queda bien parado del todo) Jules Romain, Paul Fort, Pierre Mille...

A Seché lo verán algún día los parisienses con un ojo amaratado. Y es un buen escritor: ágil, entretenido, claro y sin pelos en la lengua...

□ León Daudet (en éste no tiene nada de extraño) lanza un gran panfleto, titulado: «Magistrados y Policías». Y el hombre pone como chupa de dómine a una muchedumbre de gente conocida, algunas tan pringadas, que poco les quedará por donde limpiarse...

□ En el Diario de los Goncourt, de que hablé al principio, quien peor quedaba era Sainte-Beuve. No por lo que contaran de él, sino por la manera como lo trataba el hermano escritor. Uno de los Goncourt le dijo un día: «¡Dios me libre de ser llorado por vos!». Y como si no bastara, se publican ahora, recogidas, ordenadas y anotadas por Jean Bonnerot, las cartas del propio Sainte-Beuve.

El fastidio de la celebridad. No sean ustedes célebres, por lo que más quieran, señores literatos!

El programa que se traza Bonnerot en este primer volumen queda esbozado a las claras. Cinco mil cartas del buen Joseph Delorme, serán reunidas y publicadas. Ya va una mitad en letras de molde. Varía de corresponsales con el tiempo. Se disgusta con los del principio y halla otros nuevos. Así, cada parte del libro, hecho en riguroso orden cronológico, difiere en sus direcciones epistolares de las dos inmediatas.

Los nombres que figuran al principio de las cartas marcan una gama diferentísima.

Víctor Hugo (con quien se disgustó por razones familiares) Lamartine, Vigny, Musset, Jorge Sand, Lammennays, Michelet y otros de menor cuantía.

Lo más interesante es la parte referente a Hugo. Hay en esta correspondencia algo elevado que consuela de las anteriores lecturas de casualidad semejante. Los amoríos entre la mu-

jer de Hugo y Sainte-Beuve son motivados por otros amoríos, seguramente más profundos. Los de Víctor con Julieta Drouet. La carta de Hugo a Sainte-Beuve, pidiéndole que no vuelva más a su casa, es emocionante y grandiosa, por encima de todo. Y las otras, en que el amigo trata de mantener su cordialidad con el marido ofendido, tienen una ternura simpática.

La correspondencia con Jorge Sand brilla por la cantidad de crítica que se mezcla a los tonos amistosos y familiares de las cartas. Pocos juicios de Saint-Beuve tan certeros y bien trazados como los que vierte al opinar sobre los libros de Aurora Dupin...

Después, otras cartas menos interesantes y otras excesivamente familiares o íntimas, sin que lleguen a la calidad del diario goncourtiano.

Brindo este lote de libros, a buen precio, y con posible rebaja, a las camarillas literarias más conspicuas y dictaminadoras.

Cinema

□ La mejor cinta de lo que va de temporada: «David Copperfield». Sencilla, con ese aire de narración simple que tiene Dickens y que Hugh Walpole ha sabido atrapar perfectamente al dirigir la transcripción.

Apenas hay trucos, apenas se sale de la sucesión de hechos y, empero, un resultado espléndido produce un film completo, al que no hay que achacarle ni el más leve defecto. El trabajo de W. C. Fields en el rol de Micawer, es excelente. La caminata del niño David desde Londres a la costa, está lograda con un expresionismo certero, que técnicamente considerable, vale más aún por la impresión que produce sentimentalmente. Se halla el espectador ante una obra que no demuestra ningún esfuerzo de realización y que, sin embargo, al meditarla, se comprende la exactitud eliminadora y el hondo trabajo que ha debido suponer. El «aire de la época» está conseguido con la menor canti-